

La existencia lesbiana

AMPARO BONILLA

de vida pobre en empatía corporal, donde el cuerpo es exigido como si estuviera fuera de la mente, tomado como un ideal descarnado de eficacia y rendimientos mesurables (orgasmos y penetraciones) y subyugado al modelo estético, no tomando en cuenta la fatiga, el sueño, las emociones...

Estas características casan muy bien con el modelo erótico imperante, y su unión puede no crear problemas a determinadas personas con un suficiente desarrollo personal o en las relaciones homoeróticas en donde el “modelo” no es aplicable, se *libran por tanto de este lastre y pueden crear sus propios placeres* sin comparaciones. Pero cuando se juntan las características señaladas con personalidades hiper adheridas a la realidad externa, con exceso de estimulación, autoestima lábil, una fuerte autoexigencia, el resultado es un gran malestar erótico una angustiosa sensación de anormalidad y dificultad, y una consecuente evitación de los posibles contactos eróticos.

Este modelo, en definitiva, tiraniza tanto a hombres como a mujeres que intentan seguirlo: a los hombres por ser un modelo falocéntrico que somete y se apropia de “lo masculino” identificándolo, equiparándolo, a potente-activo-erecto y penetrativo (difícil de sostener); a las mujeres porque al ser un modelo masculino, les impide descubrir sus propias o femeninas formas de disfrute, sus zonas eróticas. Son muy altos los costes personales de este patrón erótico que renuncia a la voluptuosidad y la periferia corporal erótica. Así, nos encontramos en la consulta y fuera de ella con mujeres que saben disfrutar, que experimentan placer, pero que se sienten angustiadas porque no lo consiguen de la forma correcta o normal (orgasmo vaginal según el modelo). Hombres acomplejados porque no se sienten bastante eréctiles en el coito o no saben lo que según el modelo hay que durar. Éstos se obsesionan, dejan de gozar, no saben o no quieren disfrutar de otra manera, y frustrados por no poder cumplir el modelo se deprimen. Parejas que después de un tiempo se aburren y no se atreven a explorar o han perdido el juego erótico y la seducción a base de prisas y de otras prioridades en sus vidas a las que dedicar el tiempo. Podríamos seguir añadiendo muchas más problemáticas eróticas actuales, pero el espacio es limitado.

No es de extrañar que parte de este malestar estuviese estrechamente relacionado con el vacío y la poca importancia que se le da hoy a la educación sexual, la cual ha sido relegada y sustituida por la de prevención de embarazos, la promoción de conductas saludables o prevención de otros riesgos y confundida con salud reproductiva e higiene genital que nada tiene que ver con la sexualidad y menos con el placer, pero más acorde quizá con las exigencias de los tiempos que corren.

.....
Pepa González Sala.

Sexóloga médica del Área 10 de Salud.
Conselleria de Sanidad.

En nuestra sociedad sigue existiendo, desgraciadamente, un estigma asociado al término lesbiana. Esta estigmatización se mantiene mediante un proceso en el que se mezclan el ocultamiento, la indiferencia, el silencio y el rechazo. El reconocimiento de la diferencia comporta una posición activa ante la misma, que transforma nuestras propias actitudes, percepciones y vivencias en el acto mismo de dar visibilidad y dignidad a lo que, siendo diferente, constituye también la expresión de una existencia humana.

*A los poetas que alabaron su desnudez les diré:
mucho mejor que ella quitándose el vestido
es ella desfilando por las calles de Nueva York
—Park Avenue—
con un cartel que dice:
«Je suis lesbienne. I am beautiful».*

Cristina Peri Rossi, *Diáspora*

Hace unas semanas, Juan José Millás escribía en su columna de *El País* (11-10-02) con respecto al poder de las palabras y el modo en que la existencia humana se halla tocada

por la magia de las palabras. Convencido de ello, el autor valenciano afirmaba: “Nosotros estamos hechos, sobre todo, de palabras. Cuando nacemos, alguien toma ese trozo de carne fresca y comienza a amasarlo con palabras”. Y con esa inocencia –nada inocente, por cierto– con que mira el mundo y describe lo que observa, presentaba Millás la cara más trágica del poder de las palabras: “El corazón mata, pero las palabras también. Si a usted, por ejemplo, le asignan la palabra mujer, corre el peligro de perecer a manos de un marido (llevamos 38 mujeres muertas en lo que va de año). Y si le asignan el término inmigrante, tiene bastantes posibilidades de ahogarse al cruzar el Estrecho en una balsa”. El hecho de que las palabras se asocien a ciertas posibilidades de existencia (o de riesgo para la existencia, en este caso) no se da, por supuesto, de una manera automática; ello se basa en toda una serie de condiciones y/o contextos, los cuales permiten comprender esas formas posibles de existencia (deberíamos abrir aquí un paréntesis para reflexionar más profundamente sobre las condiciones asociadas a la existencia “mujer” o “inmigrante”. Condiciones referidas al cómo, dónde, cuándo se hacen posible esas formas de existencia, en su especificidad, implicando qué protagonistas, qué temores, esperanzas y restricciones, qué categorías de percepción y valoración de la realidad).

Dos formas posibles de existencia genérica se contraponen en el poema de Cristina Peri Rossi citado al principio de este texto, dos formas que la autora valora diferencialmente: la mujer que es declarada por otros como “objeto de deseo” y la mujer que se autoproclama “sujeto del deseo” en el acto mismo de afirmar para su deseo cierta orientación. ¿Qué implicaciones tiene esa auto-declaración de identidad, basada en la orientación del deseo –“yo soy lesbiana”–, como una forma de existencia? En otros términos, ¿cuáles son las condiciones de una existencia que se identifica con la palabra “lesbiana”?

El valor y la dignidad de la propia existencia afirmados en la enunciación “soy hermosa” contrastan frente al insulto y la injuria real o potencial –¡lesbianas!– que persigue a toda pareja de mujeres que ande en público cogiéndose de las manos, los hombros o la cintura. Desgraciadamente, esta categorización estigmatizante es la que sigue predominando en nuestra sociedad, al igual que sus efectos sobre la propia existencia individual, ya que el estigma funciona como una forma de control social (véase Viñuales, 2002). La existencia “lesbiana” es algo que pone en cuestión, sea en sentido real o figurado, su dignidad como personas, y ello es, sin duda, una de las condiciones que contribuyen, paradójicamente, a su in/existencia, es decir, a lo que en términos populares llamaríamos una exis-

tencia oculta “en el armario”.

¿Qué es “el armario”? ¿Cómo se construye? Para empezar, resulta todo un ejercicio de gimnasia mental plantear a las personas heterosexuales cuestiones como las siguientes:

¿Qué piensa usted que causó su heterosexualidad? ¿Cuándo y cómo decidió usted por primera vez que era heterosexual? ¿Es posible que su heterosexualidad sea simplemente una fase que puede llegar a superar? ¿Es posible que su heterosexualidad provenga de un miedo patológico hacia las personas de su mismo sexo? Si nunca se ha acostado con una persona del mismo sexo, ¿es posible que todo lo que usted necesita sea un/a buen/a amante? ¿A quién le ha confesado usted sus tendencias heterosexuales? (resulta muy interesante en esa línea el trabajo de Wilkinson y Kitinger (1994) y el artículo de Carlota Echalecu en la revista Gesto (2001)).

El mero hecho de plantear estas preguntas (que toda lesbiana se ha hecho alguna vez en su vida) supone una impostura, un desafío al privilegio del que gozan las identidades hegemónicas, cuya legitimidad como la expresión “normal” de la sexualidad se basa, en gran medida, en su naturalización. Que este privilegio ha hecho de la heterosexualidad una forma de relación social normativa, institucionalizada, que funciona opresivamente en el proceso de construcción de las identidades, es algo que se muestra en la forma como han sido entendidas “otras” sexualidades. Tal como plantean Wilkinson y Kitinger, las sexualidades normativas no dejan de ser una construcción, que funcionan a su vez como el contexto en que son construidas las sexualidades ‘desviadas’ o ‘alternativas’. De esta forma, las sexualidades que, desde el punto de vista de la normalidad estadística, podríamos denominar “minoritarias”, “periféricas” o “marginales”, han caído históricamente bajo la etiqueta de “perversiones” de una normalidad moral. La religión, la ley y la ciencia han funcionado, sucesivamente, como discursos legitimadores del control social que se ejerce sobre la diversidad sexual humana (pensemos, por ejemplo, en su condición de pecados, delitos o enfermedades). La creación de la norma –la relación sexual heteronormativa– y la patologización de todo desvío –o, alternativamente, su silenciamiento– son fenómenos correlativos que Peri Rossi también ha trasladado al lenguaje poético:

*Esta noche, entre todos los normales,
te invito a cruzar el puente.
Nos mirarán con curiosidad –estas dos muchachas–
y quizás, si somos lo suficientemente sabias,
discretas y sutiles
perdonen nuestra subversión
sin necesidad de llamar al médico
al comisario político o al cura.*

Cristina Peri Rossi, Lingüística general

Afortunadamente, vivimos en un Estado laico, cuyos fundamentos jurídicos se basan –al menos sobre la letra– en el derecho a la igualdad en la diferencia (nunca está de más recordar que, hoy en día, son aún muchos los países donde “lesbiana” y “homosexual” son términos asociados al riesgo de encarcelamiento y de muerte). Por su parte, el *Manual Diagnóstico y Estadístico*

de los Trastornos Mentales (DSM) que edita la Asociación Americana de Psiquiatría (APA) ha ido eliminando, en sucesivas revisiones, toda consideración patológica de la homosexualidad: en 1973 desapareció la homosexualidad como una categoría diagnóstica y, más tarde, se anuló la “homosexualidad egodistónica” –referida al padecimiento que puede generar para una persona la vivencia de su condición homosexual y el deseo subsiguiente de cambiarla–. En la actual edición (DSM-IV) no figura absolutamente ninguna alusión a dicha condición. No obstante, todavía amplios sectores de la sociedad, incluidos profesionales de la salud mental, siguen considerando patológica esta variante normal de la sexualidad humana, ignorando que la misma APA, no sólo se ha pronunciado oficialmente a través de varias resoluciones que condenan la discriminación y la intolerancia hacia las personas homosexuales, sino que ha hecho un llamamiento a los profesionales de la salud mental para que desmientan activamente ante la sociedad el estigma que se asocia a la orientación sexual. Olga Viñuales (2002), en su libro *Lesbofobia*, nos advierte que ignorar estos hechos supone una forma de invisibilización que contribuye a mantener el estigma.

La invisibilización constituye una forma de opresión, basada en negar una existencia legítima y pública de las personas definidas por una categoría. Los mecanismos que conducen a la invisibilización de las lesbianas, a su in/existencia como tales, son variados. La construcción del armario es un proceso donde se mezclan el ocultamiento, la indiferencia, el silencio y el rechazo de las personas sobre la base de una orientación no normativa del deseo. La injuria, la ridiculización de la existencia lesbiana a través de un estereotipo devaluado, por ejemplo el de la ‘camionera’, que sigue teniendo muy mala reputación en nuestra sociedad, no deja de ser una forma de invisibilización de las diversas realidades en que viven, y se viven, las mujeres que desean y aman a mujeres. Como recuerda Viñuales, el distanciamiento social, el hecho de ignorar al otro, sus proyectos, intereses y relaciones, no reconocerle ningún valor, es otro factor que contribuye a la deshumanización del otro y entorpece la espontaneidad de sus interacciones sociales.

También las propias lesbianas contribuyen al proceso de invisibilización de su existencia, a través de la aceptación e interiorización del prejuicio y la marginación, somatizados en forma de culpabilidad y de vergüenza. Este mecanismo condena a muchas mujeres a realizar enormes esfuerzos por “desaparecer” a los ojos de la gente como lesbianas, sometiendo su vida a una continua vigilancia para tratar de borrar toda huella de su vivencia como tales, cuando no conduce a su progresivo aislamiento y a la privación de satisfacciones. El entrenamiento en la discreción y el disimulo constituye una forma de defensa o protección frente al dolor psíquico y/o físico que genera la conciencia de diferencia en las mujeres que se asumen como lesbianas, pero esta defensa no deja de producir sufrimiento y malestar. Echalecu (2001) invita a pensar, por ejemplo, en el coste que puede tener para las relaciones que estas mujeres establecen: “¿Cómo sobrevive una pareja que no puede pasear de la mano, ni besarse, ni contemplar un atardecer envuelta en un abrazo, ni darse el

beso de saludo en los labios cuando queda en un lugar público? ¿Quién tiene derecho a robarle la espontaneidad a una relación, sea ésta cual sea?”.

Esta forma de violencia, que se ejerce cotidianamente con toda naturalidad y se acepta como algo que resulta evidente e incuestionable, invisible hasta para sus propias víctimas, constituye una expresión de lo que el sociólogo Pierre Bourdieu (2000) ha denominado la violencia simbólica. Lo simbólico de este tipo de violencia procede de que se sustenta en un conjunto de presuposiciones y valoraciones sobre la realidad que vivimos y experimentamos, según ciertas categorías que ordenan el mundo social de una determinada forma. La violencia no sólo procede del hecho de que esa ordenación obedece a intereses particulares –que se hacen efectivos en la aplicación de esos esquemas clasificatorios a la organización de las prácticas y las relaciones, al ordenamiento de las prioridades, etcétera–, sino de la imposibilidad de ver y pensar el mundo al margen de esos esquemas de conocimiento y reconocimiento, incluso por parte de las personas que peor retratadas salen en esa representación que pone en peligro su reputación en el vecindario, en la familia y en el trabajo.

Cuando nos enfrentamos al análisis de categorías sociales, categorías que definen grupos diferenciados y marcados de una valoración negativa, adoptar una perspectiva histórica constituye siempre un antídoto contra su naturalización esencialista. Por ello, resulta muy saludable preguntarse por qué y cómo se ha convertido la relación sexual en una relación de poder, instituyendo una de sus variantes en normativa, en heterosexismo. Es decir, para qué y de qué forma han sido construidos el sexo y la sexualidad con un papel asignado tan relevante en la construcción de la realidad social y subjetiva de las personas. En esa línea, un buen número de trabajos se ha dedicado a indagar en los procesos de construcción histórica de la condición homosexual de la existencia, que condujeron a adoptar la vida erótica (la conducta sexual y la orientación del deseo) como criterio de definición de las personas y sus identidades, trascendiendo lo que son “prácticas sexuales” propiamente dichas (véase, por ejemplo, Weeks (1998)). La creación de una “identidad homosexual” permite unificar, resumir y dar sentido a la experiencia de la persona en el mundo y en relación con otras personas, de una forma que integra la dimensión subjetiva y social de la existencia, tomando como base el deseo. No obstante, como antes sugerí, las condiciones homosexual y heterosexual así visibilizadas no son dos alternativas simétricas: lo que podría llamarse la identidad heterosexual es algo que parece ocurrir por defecto. Las mujeres heterosexuales no tienen conciencia de diferencia, al menos, no necesitan querer ser heterosexuales, en el sentido en que una lesbiana sí necesita demostrarse que lo es, llegando a poner a prueba su deseo en prácticas heterosexuales.

En la medida en que la lesbiana se identifica como mujer que ama y desea a mujeres, un análisis de esta categoría implica explorar la conceptualización del cuerpo y del género. Laqueur (1994), por ejemplo, muestra en su trabajo sobre la construcción social del sexo que la idea

de que existen dos sexos sólo tiene sentido en relación a la estructura de género de la sociedad, por lo que hasta nuestra comprensión del cuerpo está impregnada por aquélla. Al mismo tiempo que el sexo, o la diferenciación sexual, se convierte en el referente de posiciones de género preestablecidas, donde el principio masculino-activo predomina sobre el femenino-pasivo, la sexualidad va a contribuir a naturalizar las diferencias entre los sexos (sean anatómicas, fisiológicas, psíquicas, sociales o comportamentales) y a justificar la división jerárquica de papeles y de esferas sociales que se les asignan. La explicación naturalista que se hace de la diferenciación sexual parte de un reduccionismo de la sexualidad al papel asignado a ambos sexos en la procreación, de modo que la construcción de diferencias esenciales entre los sexos y la construcción del dispositivo de la heterosexualidad reproductiva son fenómenos correlativos, ambos forman parte de la construcción genérica de la realidad social.

Entre sexo y género se ha supuesto tal correspondencia, que toda transgresión al modelo se considera una patología, no una opción que pueda cuestionar ese complejo simbólico (por ejemplo, el significado de la categoría mujer o de la feminidad). Así, se considera que un varón femenino es homosexual o que una lesbiana no es una mujer. La identidad femenina, 'ser mujer', significa ser sensible, pasiva, no apasionada, sumisa... Para la visión tradicional de la sexualidad femenina, movida sólo por el instinto reproductivo o sometida a la seducción y los requerimientos del varón, el lesbianismo representa un grado de autonomía inexplicable, en la medida en que sitúa el deseo de la mujer al margen del deseo del varón y, potencialmente, más allá del principio que divide lo masculino y lo femenino.

Lo cierto es que las mujeres lesbianas, a las condiciones de su sexo, unen las de su sexualidad, y ambas forman parte del mismo engranaje de dominación, que condena su existencia "como mujeres" y "como lesbianas" a un doble confinamiento. La discriminación sexual y la desigualdad genérica que aún sufre el colectivo de mujeres, recluido al ámbito de lo doméstico y a un segundo plano en lo público, se aplica también a las lesbianas y, en el caso de parejas y familias, se multiplica por dos. Pensemos, por ejemplo, en el poder adquisitivo, el acceso a la cultura, la precariedad laboral, la asunción de cargas familiares, factores todos ellos que también contribuyen a la invisibilización de las lesbianas en tanto que mujeres.

La operación que el pensamiento feminista ha tratado de elaborar en el plano teórico, separando el sexo del género para entender cómo se construyen con tal coherencia estos términos que llegan a parecernos muy naturales, pese a su origen social, es recreado en forma de vivencia por José Luis Sampedro en su novela *El amante lesbiano*. Sampedro nos propone otro ejercicio de gimnasia mental que nos permite mantener y pensar separadamente conceptos que, por regla general, entrelazamos estereotipadamente en cadenas de sentido: el sexo (mujer-varón), el género (al que denomina "sexo psíquico": feminidad-masculinidad), la orientación sexual (homo-hetero) y las prácticas sexuales (dominancia-sumisión, coito vaginal, etcétera). En la novela, los genitales de la persona no definen su iden-

idad sexual psíquica, tampoco son lo que más cuenta a la hora de definir su orientación sexual ni las relaciones sexuales practicadas. *El amante lesbiano* nos enseña que, fuera de la mutua correspondencia que establecemos entre estos términos (género-sexo-orientación-prácticas), ninguno de ellos tiene un referente incontestable en la realidad, ninguno tiene capacidad para sustentar más que una existencia precaria, la de unos sujetos que continuamente redefinen sus posiciones sobre esa red de identificaciones posibles.

El reconocimiento de "otras" sexualidades tiene un efecto pedagógico: no sólo facilita la contestación de la heterosexualidad obligatoria o normativa, también cuestiona la definición tradicional de los roles de género -sexuales, laborales, familiares, sociales-. Contemplar la elección del objeto de deseo no como un referente puntual e inamovible de nuestra vida, y tampoco por necesidad el principal, sino más bien un componente más de una biografía dinámica contribuye a visibilizar unas trayectorias personales más flexibles. Es una evidencia que en ambos colectivos sexuales, "lesbianas" y "heteros", la diversidad de las prácticas y formas de relación es la norma, y resulta difícil mantener esa categorización cuando se tienen en cuenta las biografías sexuales de muchas mujeres. Como Weeks señala, con mucho acierto, si aceptamos que la diversidad es la norma de nuestra cultura y que es el medio apropiado para pensar la sexualidad, la sociedad debería dotarse de una ética, unos valores y unas regulaciones que permitieran tratar con esa diversidad, dando visibilidad y legitimidad a posibilidades de existencia desarrolladas en condiciones de libertad y respeto humanos.

Pensemos que, pese a la publicidad que hoy en día tiene la tolerancia, ésta no es, en la mayoría de los casos, más que una forma de indiferencia disimulada de corrección política. La tolerancia nunca pasa de ser una presunción intangible hasta que se materializa en un reconocimiento efectivo de la existencia de lo "otro", lo diferente. El reconocimiento comporta una posición activa ante la diferencia que transforma nuestras propias actitudes, percepciones y vivencias, en el acto mismo de dar visibilidad y dignidad a lo que, siendo diferente, constituye también la expresión de una existencia humana. Éste es, en mi opinión, el sentido principal del denominado "orgullo gay", el de una afirmación de la propia dignidad, que parece ser mal comprendida cuando se busca su contrapartida en un supuesto, pero inexistente e innecesario, "orgullo heterosexual".

El patriarcado hetero-sexista no sólo favorece el silenciamiento y la invisibilidad, también promueve una especie de tendencia a la auto-revelación de la propia orientación sexual, la necesidad de compartir con otros ese aspecto de la identidad personal, que se ha llamado el *coming-out* o "salida del armario". La oscilación entre la visibilidad y la anulación de la diferencia parece ser un fenómeno que caracteriza a los grupos estigmatizados y condenados a la marginación social (Bourdieu, 2000). A través de esta doble estrategia, se busca construir una identidad positiva, que favorezca el incremento de la autoestima y de la salud mental de las personas. También en este aspecto es necesario

reconocer la especial invisibilidad de la existencia lesbiana, pues pese a la aparición puntual en alguna serie o película, la presencia de mujeres lesbianas en la vida real es mucho menor que la de sus iguales varones, como lo muestra el hecho de que apenas se conocen lesbianas significativas que hayan afrontado la auto-revelación como un acto con expresa utilidad política y social.

Al igual que la heterosexualidad, el lesbianismo es una opción individual de la experiencia sexual y del deseo que tiene implicaciones políticas. En un mundo hetero-patriarcal, asumir una existencia lesbiana se convierte en un acto de reivindicación o de afirmación de una sexualidad "disidente" o "transgresora" por definición, que ofrece resistencia ante los mecanismos de control de la diversidad sexual y de la diferenciación genérica. Pensemos si no en el trastocamiento de valores que sugiere Peri Rossi en otro de sus poemas:

*Te amo como mi semejante
mi igual mi parecida
de esclava a esclava
parejas en subversión
al orden domesticado.*

Cristina Peri Rossi, *Lingüística general*

Desde una posición de sujeto político, las mujeres lesbianas reclaman, en primer lugar, el "derecho a estar" o a "no desaparecer", lo que en un mundo sexista y masculino pasa por el derecho a establecer los propios compromisos y lealtades, las propias prioridades, las que dan sentido a su existencia 'como lesbianas'. Como dice Millás, nuestra existencia se fundamenta en palabras; a través de las palabras con que nos identificamos devenimos sujetos o no-sujetos. En ese sentido, Beatriz Suárez Briones (1997) nos recuerda que "Nuestra supervivencia individual y como grupo depende de que aprendamos esa forma de deslealtad hacia el patriarcado que es ver con nuevos ojos, encontrar un nuevo lenguaje en el que inscribir nuestra propia experiencia; de no ser así, seguiremos siendo silenciadas y borradas porque (...) una lesbiana que no reinventa el mundo es una lesbiana en proceso de desaparición".

.....
Amparo Bonilla Campos.

Profesora Titular de la Facultad de Psicología.
Universitat de València

Bibliografía

- BORDIEU, P., *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2000.
- ECHALECU, C., "¿Lesbianas? ¿Qué lesbianas?" *Gesto. La otra revista*, 1 (2001).
- LAQUEUR, T., *La construcción social del sexo*, "Feminismos", Cátedra, Madrid, 1994.
- PERI ROSSI, C., *Poemas de amor y desamor*, Plaza y Janés, Barcelona, 1998.
- PERI ROSSI, C., *Diáspora*, Lumen, Barcelona, 2001.
- SAMPEDRO, J.L., *El amante lesbiano*, Areté, Barcelona, 2000.
- SUÁREZ BRIONES, B., "Desleal a la civilización". La teoría (literaria) feminista lesbiana. En X.M. Buxán (ed.), *Conciencia de un singular deseo. Estudios lesbianos y gays en el Estado español*, Laertes, Barcelona, 1997.
- VIÑUALES, O., *Lesbofobia*, Bellaterra, Barcelona, 2002.
- WEEKS, *Sexualidad*, "Género y Sociedad", Paidós, México, 1998.
- WILKINSON, S. - KITZINGER, C., "The social construction of heterosexuality", *Journal of Gender Studies*, 3, 307-316, 1994.